

Homilía Domingo de Ramos.

Jesús entra en Jerusalén y una multitud lo acompaña con alegría. Movidos por una profunda esperanza, gritan: *“¡Hosanna al hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en el cielo!”* (Mt 21, 9). A su paso tienden sus mantos, y cortan ramas de olivo para alfombrar el camino. Y es que, en la periferia de la ciudad, muchos ya lo conocían por su andar haciendo el bien y liberando a los endemoniados; habían participado de su mesa cuando multiplicó los panes y los peces, escuchado sus parábolas sobre el Reino y sentido en carne propia cómo los curaba de sus enfermedades. Este ingreso a la ciudad genera mucha expectativa y la población, conmovida, preguntaba: ¿Quién es este? (Cf. Mt. 21, 10).

Jesús como Rey de la paz, entra en Jerusalén montado en un asno, se cumple así la antigua profecía que invitaba a alegrarse por la llegada del Mesías: *“Mira que tu Rey viene hacia ti; él es justo y victorioso, es humilde y está montado sobre un asno, sobre la cría de una asna. Él suprimirá los carros de Efraím y los caballos de Jerusalén; el arco de guerra será suprimido y proclamará la paz a las naciones”* (Za 9, 9-10).

Jesús es el Rey de la Paz; por eso, no permite que se use su nombre para justificar ningún tipo de violencia. Como afirma el Papa León: *“Hermanos y hermanas, este es nuestro Dios: Jesús, Rey de la paz. Un Dios que rechaza la guerra, al que nadie puede utilizar para justificar el enfrentamiento, que no escucha la oración de quienes hacen la guerra y la rechaza diciendo: «Por más que multipliquen las plegarias, yo no escucho: ¡las manos de ustedes están llenas de sangre!»* (Is 1, 15).”¹

Hoy, Domingo de Ramos, venimos con el corazón lleno de rostros e historias a buscar la bendición de Dios. La respuesta del Señor Jesús la encontramos en el relato de la Pasión: entregó su cuerpo y derramó su sangre. Jesús es el Amor que salva. Y como dijo hoy el Papa León XIV: *“Al mirarlo a Él, que fue crucificado por nosotros, vemos a los crucificados de la humanidad. En sus llagas vemos las heridas de tantos hombres y mujeres de hoy. En su último grito dirigido al Padre escuchamos el llanto de quienes están abatidos, de quienes carecen de esperanza, de quienes están enfermos, de quienes están solos. Y, sobre todo, escuchamos el gemido de dolor de cada uno de los que están oprimidos por la violencia y de cada víctima de la guerra.”*²

Hoy comenzamos la Semana Santa y lo recordamos con los ramos que llevamos. El signo es el ramo de olivo bendecido: un objeto sagrado, una reliquia que cobra valor en su relación con la fe. Es una experiencia profundamente humana: a través de los sentidos, nos acercamos a las cosas de Dios.

¹ León XIV. Homilía Domingo de Ramos. 29 de marzo 2026.

² Ibídem.

Así, el ramo bendecido se convierte en un punto de referencia donde apoyar la vida. Mientras algunos pueden verse tentados a sostenerse en el dinero o en el poder, nosotros, con este humilde gesto, renovamos el deseo de apoyar nuestra existencia en Dios, poniéndonos bajo su cuidado y protección. Es evidente que ese punto de apoyo va marcando la orientación de nuestra vida y nuestras opciones más profundas.

Al llegar a casa, a veces colocamos el ramo en la puerta para expresar que Jesús es la *“Puerta de la Misericordia”*. O bien lo ponemos junto a una cruz y confesamos: *“Vivo en la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí”* (Gal 2, 20). Muchas veces le hacemos lugar en el altarcito del hogar, junto a la Virgen, donde rezamos en familia. En ese gesto de oración, volvemos a escuchar a Jesús que nos dice: *“Quiero entrar en tu vida, como entré en Jerusalén aquel Domingo de Ramos”*.

Le pedimos a la Virgen, a Nuestra Señora de la Pascua, que nos ayude a abrirle el corazón a Jesús en esta Semana Santa. Que así sea.

Mons. Gustavo Carrara

Arzobispo de La Plata.